

 HARLEQUIN

DESEO™

3
NOVELAS
inolvidables



NATALIE ANDERSON

Una vez no es suficiente

ANNE OLIVER

La fantasía del pirata

YVONNE LINDSAY

Secretos de cama



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

N.º 483 - enero 2022

© 2010 Natalie Anderson

Una vez no es suficiente

Título original: Unbuttoned by Her Maverick Boss

© 2013 Anne Oliver

La fantasía del pirata

Título original: Mistletoe Not Required.

© 2016 Dolce Vita Trust

Secretos de cama

Título original: Arranged Marriage, Bedroom Secrets

Publicadas originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Estos títulos fueron publicados originalmente en español en
2015, 2016 y 2017

Todos los derechos están reservados incluidos los de
reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de
Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares,
y situaciones son producto de la imaginación del autor o
son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con
personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios
(comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Tiffany y logotipo Harlequin son marcas
registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises
Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas
que lleven ® están registradas en la Oficina Española de
Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de
Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-1105-499-7

Índice

Créditos

Índice

Una vez no es suficiente

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

La fantasía del pirata

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

[Capítulo Diez](#)
[Capítulo Once](#)
[Capítulo Doce](#)
[Capítulo Trece](#)
[Capítulo Catorce](#)
[Capítulo Quince](#)
[Epílogo](#)

[Secretos de cama](#)

[Capítulo Uno](#)
[Capítulo Dos](#)
[Capítulo Tres](#)
[Capítulo Cuatro](#)
[Capítulo Cinco](#)
[Capítulo Seis](#)
[Capítulo Siete](#)
[Capítulo Ocho](#)
[Capítulo Nueve](#)
[Capítulo Diez](#)
[Capítulo Once](#)
[Capítulo Doce](#)
[Capítulo Trece](#)
[Capítulo Catorce](#)
[Capítulo Quince](#)
[Capítulo Dieciséis](#)
[Capítulo Diecisiete](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Desee

UNA VEZ NO ES SUFICIENTE

NATALIE ANDERSON



Capítulo Uno

El tiempo no se detenía por nadie. Sophy Braithwaite tampoco.

Impaciente, golpeó el suelo con los pies.

La recepcionista la había conducido directamente al despacho. La placa en la puerta le confirmó que estaba en el lugar correcto.

Esperando.

Se fijó en los cuadros colgados en la pared. Bonitas escenas de la campiña italiana, sin duda elegidas por Cara. De nuevo se volvió hacia el enorme y desocupado escritorio. Las carpetas estaban apiladas en una inestable torre. El correo sin abrir se había desparramado por el teclado del ordenador. Cara no había exagerado al explicarle que había dejado un desastre.

-No me concentraba y esto me ha superado -había afirmado.

«Esto» era un diminuto bebé prematuro que seguía en el hospital. Cara estaba angustiada y lo último que necesitaba era preocuparse por un trabajo de administrativa a tiempo parcial.

La irritación de Sophy creció. ¿Dónde estaba Lorenzo Hall, supuesto genio de la industria del vino, y ojito derecho de las benefactoras de la sociedad, y director ejecutivo de todo ese caos?

-Lorenzo está muy ocupado. Sin Alex ni Dani aquí, está él solo -Cara se había mostrado muy preocupada cuando la hermana de Sophy, Victoria, le había pasado la llamada-.

Sería genial si pudieras ir. Al menos, le evitarías preocuparse por la Fundación del Silbido.

Y había ido, pero desde luego no para evitarle preocupaciones a Lorenzo sino a Cara.

Sophy sacudió la cabeza, irritada mientras volvía a contemplar el caótico escritorio. Llevaría no poco tiempo ordenarlo todo. Ojalá se hubiera negado, pero ella nunca se negaba, no cuando alguien le suplicaba ayuda. Había pasado menos de un mes desde su regreso a Nueva Zelanda, y su familia ya se las había arreglado para organizarle una agenda tan apretada que estaba a punto de estallar. Y ella se lo había permitido dócilmente, a pesar de sus intenciones de ser más asertiva y dedicada a su propio trabajo.

Con esa actitud, su familia no había percibido ningún cambio en ella. Prácticamente había admitido que no tenía nada mejor que hacer, al menos nada más importante, que lo que ellos le pedían.

Pero era mentira.

Si bien le encantaba ayudar a los demás, había algo más que también le encantaba, y el corazón se le aceleraba cuando pensaba en ello. Pero necesitaba tiempo.

De modo que lo que menos le apetecía era estar allí esperando a alguien que, visiblemente, era incapaz de organizar su tiempo. El mismo jefe que había obligado a Cara a llamarla desde la cama del hospital para pedirle ayuda. Si realmente necesitaba esa ayuda, no pasaba nada, pero no iba a esperar más de veinte minutos. De nuevo consultó la hora. Normalmente le producía una punzada de placer contemplar esa pieza vintage que había encontrado en un mercadillo de antigüedades de Londres. Con una correa que encontró en otro mercadillo poco después, y una visita al relojero, funcionaba a la perfección.

Un golpeteo le despertó recuerdos de sus días de colegiala.

Imposible.

Se dirigió a la ventana y contempló el patio de la parte trasera del edificio.

Sí era posible. Baloncesto.

Lorenzo Hall, allí estaba, divirtiéndose. De haber estado jugando con alguien más, podría haberlo entendido. Pero estaba solo, mientras ella esperaba pasada la hora de su cita. Una cita que él necesitaba, no ella.

Sophy se irritó hasta cotas inimaginables. ¿Por qué nadie se daba cuenta de que el tiempo también era importante para ella? Salió del despacho y bajó la escalera haciendo mucho ruido con los tacones. Al pasar frente a la recepcionista aminoró la marcha.

-¿Cree que el señor Hall aún tardará mucho? -preguntó con exagerada educación.

-¿No está en su despacho? -la mujer parecía agobiada.

Sophy la miró con frialdad. ¿En serio no lo sabía? ¿No era su recepcionista? La eficiencia parecía haberse ido de vacaciones en esa empresa.

-Es evidente que no -repuso ella tras respirar hondo.

-Estoy segura de haberlo visto hace un rato -la otra mujer frunció el ceño-. Puede buscarlo en la tercera planta, o quizás en la parte de atrás -y sin más, desapareció a toda prisa.

Sophy continuó bajando la escalera y salió por la puerta de detrás del mostrador de recepción. Hacía dos días que había concertado la cita. No entendía cómo habían podido coronarle nuevo rey de las exportaciones vinícolas si ni siquiera era capaz de llegar a su hora a una cita. Encontró la puerta que conducía al patio y, cuadrándose de hombros, la abrió.

Por lo que había visto desde la ventana, tenía bastante idea de lo que se iba a encontrar, pero había subestimado el impacto que le produciría de cerca.

El hombre le daba la espalda, una fornida y ancha espalda, muy morena y desnuda.

El fuego que la atravesó se debía sin duda a la ira que sentía.

En el instante en que el fornido cuerpo se dispuso a lanzar, Sophy lo llamó.

-¿Lorenzo Hall?

Por supuesto, falló la canasta y ella sonrió. Una sonrisa que se le congeló de inmediato en los labios.

Incluso a dos o tres metros de distancia sentía el calor que emanaba de ese cuerpo. Lorenzo se volvió y la miró de arriba abajo antes de devolver su atención a la canasta.

Sophy no estaba acostumbrada a ser evaluada con tanta rapidez. Quizás no compartiera el éxito de su familia en el mundo del derecho, pero su aspecto estaba bastante bien. Sabía que estaba más que atractiva con la falda azul celeste y la blusa blanca. El carmín de labios era suave y ni un solo cabello estaba fuera de su sitio.

El balón botó un par de veces, pero él apenas se movió para recuperarlo. En cuanto lo tuvo de nuevo entre sus fuertes manos, se volvió hacia ella, la miró más detenidamente y, dándole la espalda, apuntó y acertó a la canasta.

De no haber estado tan enfadada, Sophy se habría marchado. Al parecer, el partido de baloncesto en solitario era más importante que su cita con ella. Solo había oído cosas buenas de esa organización benéfica. También había oído rumores sobre el pasado de Lorenzo y su meteórico ascenso. Pero no estaba dispuesta a tratar con condescendencia a ese imbécil egoísta.

-¿Vamos a reunirnos o no? -se negaba a regresar en otro momento.

El balón había regresado a sus manos, pero Lorenzo lo arrojó a un lado y se acercó a ella. Los vaqueros eran de talle bajo y dejaban ver una cinturilla ¿calzoncillos o slip? Ni siquiera debería preguntárselo, pero no podía dejar de mirar.

No había ni un gramo de grasa en ese cuerpo, y los músculos se marcaban a su paso. Con gran esfuerzo, Sophy consiguió deslizar la mirada un poco más arriba, clavándola en los oscuros pezones. De anchos hombros, los fuertes músculos se le marcaban en los brazos. Todo el torso estaba cubierto de sudor, haciendo brillar la bronceada piel.

La joven se descubrió respirando entrecortadamente, al igual que él, aunque lo suyo era debido al ejercicio. La mirada se escapó de nuevo hacia abajo.

Lorenzo dio dos pasos más hacia ella, quien, sobresaltada, lo miró a los ojos.

Sus miradas se fundieron y, cuando estuvo seguro de tener su atención plena, recorrió el femenino cuerpo palmo a palmo con la mirada.

Sophy redobló los esfuerzos para evitar sonrojarse. Se lo merecía. A fin de cuentas él estaba haciendo lo mismo que acababa de hacerle ella, aunque no tan provocativamente. Lo que no sabía era cuánto tiempo lo había estado admirando, pues el cerebro se le había parado sin su permiso mientras sus ojos se deleitaban con la visión.

Sin embargo, la manera de mirarla de ese hombre era un acto puramente sexual.

Sophy sintió que se le encogían los dedos de los pies.

-Tú debes de ser Sophy -él señaló la canasta-. Estaba reflexionando y perdí la noción del tiempo.

-Mi tiempo es muy valioso -la disculpa le pareció insuficiente-. No me gusta perderlo.

Los ojos negros la miraron fijos y los pómulos se oscurecieron ligeramente, aunque no estaba claro si por el ejercicio, el rubor o a la ira. Sophy sospechó lo último.

-Por supuesto -asintió Lorenzo-. No se volverá a repetir.

Sophy ya no fue capaz de evitar sonrojarse. Basculó el peso del cuerpo de un pie a otro y, tras una última ojeada al bronceado torso, se concentró en el suelo de cemento.

-¿Nunca habías visto sudar a un hombre, Sophy?

El fresco aire de la mañana se volvió ardiente y ella intentó infructuosamente contestar algo.

-¿Te apetece jugar? -él se apartó un poco-. Me ayuda a centrarme, puede que a ti también.

¿Insinuaba que necesitaba ayuda para centrarse? Lo cierto era que sí.

-También es bueno para quemar el exceso de energía.

Ese hombre intentaba desestabilizarla, como si no le bastara con su físico. Con un considerable esfuerzo, ella se recompuso.

-Llevo demasiada ropa.

-Eso tiene fácil arreglo -respondió él con calma.

-¿Pretendes que me desnude? -Sophy enarcó una ceja.

Lorenzo soltó una carcajada y en su rostro se dibujó la más encantadora de las sonrisas. En un instante la pose cambió, y el resultado fue sumamente atractivo.

-Sería lo justo ¿no crees? -preguntó él-. Estoy en desventaja.

-Tú mismo te has puesto en desventaja -insistió ella casi sin aliento.

La semidesnudez de ese hombre se le antojaba una ventaja, una fuente de distracción para cualquier contrincante. Sophy desvió la mirada y la fijó en la valla, una parte de la cual estaba cubierta por un colorido grafiti. La imagen de un hombre coloreado de azul parecía a punto de saltar de la pared. Era sorprendente.

-Podríamos discutir los detalles al mismo tiempo -Lorenzo invadió su campo de visión.

Sonreía, pero su mirada reflejaba desafío. De ninguna manera iba a jugar con él. Jamás acertaría a esa canasta y haría el ridículo.

-Quizás lo mejor sería aplazar esta reunión -sugirió Sophy.

La sonrisa de Lorenzo se amplió.

-Quizás lo mejor sería que te ducharas -añadió ella con frialdad.

-Te repugna el sudor ¿no? -él enarcó las cejas-. No, no aceptarías. ¿Verdad?

Ella se negó a picar. Lo cierto era que empezaba a sudar. Cara no había mencionado lo guapo que era su jefe.

Desvió la mirada y con los ojos entornados intentó descifrar la palabra pintada en el grafiti.

-Malditos críos -él siguió la dirección de su mirada.

-Podría ser peor -observó Sophy.

-¿En serio?

-Sí. Ese dibujo es realmente bueno.

Lorenzo carraspeó, pero la tos rápidamente se transformó en algo más serio. De haberse tratado de cualquier otra persona, Sophy se habría interesado por él, pero no estaba dispuesta a intimar lo más mínimo con ese hombre.

-Debe de haberle llevado mucho tiempo -observó-, aunque no está bien pintar en una propiedad ajena.

-Tienes razón.

Ella lo miró con desconfianza. ¿Había un toque burlón en esa voz? A pesar de la seriedad de su expresión, no estaba segura.

-Me han dicho que necesitas urgentemente una administrativa -espetó.

-Sí, para la Fundación del Silbido. Kat, mi recepcionista, está demasiado ocupada desde la marcha de Cara. Necesitaré a alguien durante al menos un mes. Hay que ordenarlo todo y formar a un nuevo empleado. Ni siquiera he publicado la oferta de empleo. ¿Podrías hacerlo tú? -la miró con severidad-. Por supuesto, te pagaré.

-No necesito un sueldo. Me gusta el voluntariado.

-Tendrás un sueldo -insistió él-. Puedes donarlo a la beneficencia si lo deseas.

Al parecer no quería deberle nada. Sophy no necesitaba el dinero. Los beneficios de su fondo de inversiones le bastaban para vivir, pero nunca se había limitado a las compras y las relaciones sociales. No la habían educado

así. Tenían dinero, pero eso no quería decir que no tuvieran que hacer algo útil con sus vidas. Su madre, hermano y hermana eran reputados abogados, dedicados a ayudar a los oprimidos. Y su padre era juez, ya retirado. El apellido Braithwaite era sinónimo de excelencia. Ninguno de ellos había fracasado jamás ni dado un paso en falso.

Salvo ella.

De modo que había intentado compensarlo siendo accesible, colaborando en cualquier clase de voluntariado, organizando cualquier actividad. Ellos poseían una mente brillante, ella práctica. Sin embargo, en su intento por no quedarse atrás había cometido un error garrafal: se había infravalorado. Y por eso se había marchado. Lejos de su país había descubierto su pasión y, en cuanto tuviera la ocasión, iba a montar su propio negocio y mostrar sus habilidades.

-El despacho de Cara está en ese edificio -le explicó Lorenzo-. Es todo tuyo. Con la prematura llegada del bebé y las ausencias de Dani y Alex, necesito a alguien a tiempo completo.

-¿A tiempo completo? -Sophy se sintió desfallecer.

-Al menos durante la primera semana, para ponerte al día -él le dedicó una devastadora sonrisa-. Después, debería bastar con las mañanas. También te necesitaré para cualquier evento y velada.

Fundación del Silbido era famosa por sus funciones, fabulosas veladas que atraían a ricos y famosos y les abrían las carteras. Las estrellas también atraían al público en general, deseoso de codearse por una noche con sus ídolos.

-¿No puedes buscar a alguien? -ella hizo un último intento-. ¿Quizás de una agencia de empleo temporal?

-Cara quería asegurarse de que la oficina quedaba en buenas manos. Ella me dijo que eres la única que podría hacerlo. Le prometí darte una oportunidad.

Sophy se soliviantó ante el ligero tono de sarcasmo. ¿Acaso no la creía capaz?

Cara le había suplicado ayuda. Era la mejor amiga de su hermana, Victoria, quien le había asegurado que era la persona perfecta para el puesto.

Era como si no se hubiese marchado. Desde su regreso se había sumergido en la vida de compromisos que había dejado atrás hacía dos años. A nadie se le había ocurrido pensar que quizás tuviera otros intereses. ¿Y por qué iban a pensarlo? No hacía más que asentir y aceptar.

Pero había llegado el momento de negarse, disculparse y explicarle a ese hombre que tenía otras prioridades. Sophy lo miró, haciendo un supremo esfuerzo por no deslizar de nuevo la mirada por el fornido cuerpo. En los ojos negros vio cierta dureza, como si no acabara de creerse lo que Cara le había contado sobre ella. Y de repente tuvo la sensación de que no le había gustado tener que ofrecerle el puesto siquiera.

Por otra parte estaba Cara, pendiente de su diminuta hijita en la incubadora, que ya tenía bastantes preocupaciones para tener que ocuparse de su jefe. Sophy no podía fallarle a la amiga de su hermana.

-Empezaré mañana por la mañana -anunció.

-Estaré aquí para enseñártelo todo.

-A las nueve -ella le dedicó una última mirada.

A punto de salir por la puerta, a sus oídos llegó la sugerente voz:

-Sí señora.

Capítulo Dos

Hacía rato que habían dado las nueve. Sentada en el despacho que parecía arrasado por un ciclón, Sophy consultaba el reloj cada treinta segundos. Normal que reinara el caos en ese lugar. Lorenzo necesitaba ayuda, pero la estaba buscando de un modo inadecuado.

Dedicó cinco minutos a despejar el teclado del correo sin abrir. Cuarenta minutos más tarde ya tenía limpia una parte del escritorio y la papelera estaba a rebosar de sobres vacíos. Decidió que no podía continuar sin consultarle algunas cosas a su jefe y se dirigió a recepción.

-¿Kat? Soy Sophy, ¿sabes dónde está el señor Hall?

-Desde luego, no está conmigo.

-¿Estará en el patio?

No. Ya había mirado por la ventana. Sophy oyó abrirse la puerta principal y se volvió, expectante. Un mensajero entró con un paquete.

-¿Te importa mirar si está en la tercera planta? -sugirió Kat-. Tengo que ocuparme de esto.

-Claro -contestó ella automáticamente.

Subió por la escalera, se detuvo en la segunda planta y echó un vistazo. Había dos despachos, en mucho mejor estado que el de Cara. Daba la impresión de que hubiera gente trabajando allí, pero nadie a la vista. Al fondo del pasillo había una enorme sala, vacía. Parecía que solo hubiera fantasmas allí. Sophy tragó nerviosamente y subió a la tercera planta, donde solo encontró una puerta marcada con una placa: «Privado».

Llamó a la puerta. Sin respuesta.

Sin pensárselo, giró el pomo. La puerta estaba abierta y se encontró en el interior de una enorme y luminosa estancia. El sol entraba a raudales por la claraboya del techo. Pero no se trataba de ninguna oficina. Era un apartamento. El apartamento de Lorenzo.

Y si no se equivocaba, el sofá estaba ocupado.

-¿Qué sucede? -se acercó al hombre tumbado en el sofá de cuero.

Tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la mirada del bronceado torso, pero cuando lo logró vio claramente la palidez de su piel y los oscuros círculos bajo los ojos.

-Tengo la garganta mal -intentó explicarle Lorenzo con voz ronca.

Sophy no se lo tragó. Ese hombre tenía un aspecto horrible, aunque seguía exudando masculino atractivo. Tras mirarlo de arriba abajo de nuevo, decidió que debía estar realmente enfermo.

No llevaba puesto más que unos calzoncillos, de los que se ajustaban y marcaban cualquier protuberancia.

No podía seguir babeando ante él, tenía que hacer algo.

-Tienes fiebre -era evidente por el brillo de su piel.

Sophy se dirigió a la cocina y regresó con un vaso de agua. Lo cierto era que ella también necesitaba agua, pero empezaba a preocuparle seriamente el aspecto de Lorenzo.

-Estoy bien -tosió aparatosamente.

-Por supuesto -asintió ella en tono irónico-. Por eso has faltado a nuestra cita -le ofreció el vaso y él lo aceptó con manos temblorosas.

Sus miradas se fundieron y ella percibió en los negros ojos una ira producto de la impotencia.

-Estoy bien -insistió Lorenzo.

Estaba temblando, y tras tomar un pequeño sorbo de agua, dejó el vaso sobre la mesita de café junto al portátil. ¿Acaso pretendía trabajar en su estado?

-¿Cuándo comiste por última vez? -preguntó ella, siempre práctica.

La respuesta fue un respingo.

-Tengo que ponerte el termómetro.

-Tonterías.

Sophy le tocó la frente con la palma de la mano, pero la retiró de inmediato cuando él se apartó bruscamente.

-Estás ardiendo. Necesitas un médico.

-Tonterías.

-No es negociable -ella sacó el móvil de un bolsillo-. Haré que venga alguien.

-Ni te atrevas -la voz de Lorenzo se quebró a media frase-. Sophy, déjalo. Estoy bien. Tengo mucho trabajo.

Ella hizo caso omiso y llamó a su clínica de confianza.

-Un médico vendrá en diez minutos -anunció tras colgar la llamada.

-Pues lo siento, pero no pienso recibirlo. Tengo que...

-Tu red social tendrá que esperar -Sophy cerró el portátil y lo dejó en la cocina.

-Tráeme eso, estaba trabajando.

-Ojalá tuviera uno de esos viejos termómetros de mercurio -ella lo miró detenidamente-. Sabría por dónde metértelo...

-No lo hagas -Lorenzo la agarró de la muñeca-. Tienes razón, no me encuentro bien. Y si no dejas de provocarme, voy a saltar.

«¿En serio? ¿Y qué me harías?».

Ella se sumergió en los oscuros ojos y vio cansancio, frustración y, más al fondo, infelicidad. Y eso le conmovió.

-De acuerdo. Pero tienes que dejar de pelear conmigo. Estás enfermo y necesitas cuidados, y un médico.

Lorenzo se removió inquieto.

-Escucha, vas a tener que ceder en eso, lo quieras o no. ¿Por qué no te relajas?

-De acuerdo -él respiró hondo y cerró los ojos, rindiéndose-. Pero tú ya has cumplido, puedes marcharte. Kat acompañará al médico hasta aquí -otro temblor lo sacudió.

Sophy no creía que pudiera marcharse. No podía dejar a nadie en ese estado, sobre todo a un hombre como ese, tan vulnerable y tan incapaz de reconocerlo. Estaba solo.

-Al menos devuélveme el portátil -insistió él.

-¿Para qué, Lorenzo? -contestó ella con calma-. Mirar la pantalla no te hará mejorar. Duérmete. Cuando estés mejor, el tiempo te cundirá mucho más.

Lorenzo dejó caer la cabeza sobre un cojín. Sophy había vuelto a ganar.

El médico no se quedó más de diez minutos mientras ella esperaba en la escalera. Tras intercambiar unas palabras con el hombre, regresó junto al paciente gruñón.

-Te traeré una manta -ella se dirigió al dormitorio.

-Hay una al borde del sofá.

Sophy se detuvo. Era verdad. Obsesionada con el cuerpo casi desnudo de él, no se había fijado.

-Será mejor que te tapes -intentó no volver a fijarse en su cuerpo-, para no enfriarte.

A pesar de su estado, él le dedicó una mirada cargada de ironía y se cubrió de cintura para abajo.

-¿Contenta, mi pequeña enfermera?

Dado que el torso seguía desnudo, no, no estaba contenta. El médico le había dado un analgésico, y la cosa parecía estar funcionando rápidamente.

-Al parecer tienes amigdalitis.

-Menuda ridiculez ¿no crees? -contestó Lorenzo.

-¿Nunca la sufriste de pequeño? -ella sabía bien lo mucho que podía doler.

-Alguna vez -asintió él-, aunque hacía años que no.

-¿No te extirparon las amígdalas? -aunque ya no era una práctica generalizada, en algunos casos se seguían extirpando.

-Estuve un tiempo en lista de espera, pero cuando me fui al internado, los episodios se detuvieron.

-Debió ser un buen colegio -Sophy le sirvió la bebida que le había dejado el médico.

-Mejor que todos los demás.

Sophy sabía que Lorenzo había estudiado con Alex Carlisle, su socio en la fundación, en el mismo colegio en el que había estudiado su hermano mayor. Un centro privado, exclusivo, muy académico y con buenos resultados deportivos. Era difícil destacar allí, pero Lorenzo lo había logrado. Su hermana, Victoria, había estudiado en el equivalente femenino, pero al llegar su turno, sus padres habían anunciado que no deseaban enviarla lejos a estudiar y la habían matriculado en un centro local. Sin embargo, ella sabía bien que el motivo era que sus notas no eran como las de sus hermanos. Estaba por encima de la media, pero no era tan brillante como ellos.

-Los antibióticos te pondrán bien enseguida. Después podrías tomarte unos días libres.

Lorenzo enarcó las cejas.

-Cara dice que has estado trabajando demasiado -le aclaró Sophy sin inmutarse-. Quizás te hayas excedido -incapaz de resistirse, parpadeó coqueta.

-Cariño, no estoy agotado.

Desde luego parecía estar mucho mejor. Ella siguió flirteando.

-Esos músculos, desde luego tienen buen aspecto, Lorenzo -susurró las palabras que le dictaba algún diablillo-, pero no podrías siquiera ponerte en pie.

-¿Quieres comprobarlo? -enfermo o no, a ese hombre no se le escapaba una.

-No estoy de humor para más decepciones -Sophy se alejó. Aquello no se le daba tan bien como a Rosanna, su mejor amiga.

-¿Te decepcionó que no acudiera a la cita?

-Deberías permanecer tumbado -ella se volvió y percibió la mirada divertida, satisfecha, de Lorenzo-. Bébetelo eso.

-Sophy, no necesito una madre.

-No -asintió ella secamente-. Necesitas una enfermera. He pedido que manden una.

-¿Qué has hecho? -exclamó incrédulo.

-Enseguida llegará. Kat y yo tenemos trabajo y tú no puedes quedarte solo.

-Dile a tu enfermera que se marche -¿solo? ¿Y cómo creía que había estado toda su vida?

-Demasiado tarde -ella se acercó a la mesita y tomó el vaso vacío-. Ya está en camino.

-Tendrá móvil -esa mujer se creía muy competente-. Llámala -¿no le bastaba con el médico? Otro temblor lo sacudió. Maldita fiebre.

-Déjalo ya, Lorenzo -lo interrumpió ella secamente-. Ya viene de camino y va a quedarse.

Lorenzo encajó la mandíbula y la fulminó con la mirada. No se había sentido tan frustrado y tan inútil desde que era un niño, enviado constantemente de un lugar a otro.

Cerró los ojos. Ciertamente que había trabajado mucho y no sabía si alguna vez saciaría su hambre de éxito. Vivía con la permanente sensación de que algún día despertaría y no tendría nada. Y por eso trabajaba sin parar, para consolidar la base. Jamás se sentiría suficientemente seguro.

Invertir en el bar de Vance quizás había sido excesivo. Había enviado a todos sus empleados y recursos a ese lugar para que todo estuviera preparado para la gran inauguración, que iba a perderse si seguía enfermo. En consecuencia, había descuidado su propio negocio, sobre todo la fundación. No llevaría mucho volver a organizarlo todo, pero le faltaba tiempo para ello. Llevaba semanas trabajando sin descanso. El despacho de Cara estaba hecho un desastre y, por algún extraño motivo, no le gustaba que Sophy lo viera así.

¿Cómo podía resultarle atractiva siquiera? Era tan lista, immaculada y correcta que le resultaba nauseabunda. Seguramente no había cometido un error en su vida, y, de haberlo hecho, jamás lo admitiría.

Prácticamente perfecta.

Perfecta como una muñeca de porcelana. Tenía una sedosa piel y una rubia melena que se rizaba en las puntas. ¿Cuánto tiempo le llevaría peinarse para que le quedara así? La nariz era pequeña y los labios con forma de corazón suplicaban ser besados. Los ojos azules, enormes, parecían hacerse más grandes cuando lo miraba con una mezcla de interés y reserva. Parecía desear, pero también desconfiar. De repente flirteaba y enseguida se retraía. Lorenzo percibió de nuevo la mirada azul sobre su cuerpo y maldijo la debilidad de sus huesos. Porque esa mirada le despertaba deseos de desnudarla y descubrir si había algún fuego ardiendo en su interior.

Sin embargo se sentía desvalido.

Había una parte de su cuerpo, la única, que seguía negando la enfermedad. Encogió las piernas bajo la manta para ocultar la evidencia y se reprendió mentalmente. Sin duda era la fiebre la responsable de tan inapropiados pensamientos.

Dirigió su mirada a la joven que volvía a hablar por teléfono. Algún pobre diablo estaba sufriendo su eficiencia. Pero él solo podía pensar en arrancarle ese móvil y fundir sus labios con los suyos.

Irresistible, imposible. Por un lado, su garganta albergaba millones de gérmenes y por otro, ella no era su tipo. En absoluto. No cuando estaba en plena forma.

Sin embargo había sentido una casi enfermiza necesidad de tocarla desde el instante en que la había conocido. El deseo de hacerle perder la compostura casi le hizo gritar.

Debía estar realmente enfermo.

-Muy bien, todo organizado.

-¿Te vas? -¿de dónde había salido ese tono de desilusión?

-Supongo que no pensarías que iba a quedarme -ella hizo una pausa-. Tengo cosas que hacer. Tú mismo dijiste que no necesitabas una madre, ni ninguna clase de simpatía.

-De modo que me abandonas a merced de una extraña -pensándolo mejor, hubiera preferido que se quedara ella y

no una enfermera desconocida, a pesar de que le resultaba demasiado eficiente.

Lorenzo se preguntó si alguna vez se relajaba, y decidió ser él quien consiguiera que lo hiciera. Lo haría muy lentamente, inclinándola hacia atrás para lamerle todo el cuerpo hasta que... cerró los ojos para esconder el fuego, pero solo consiguió que la fantasía empeorara.

Pensándolo mejor, cuanto antes se marchara Sophy, mejor.

-Está muy cualificada y trae excelentes referencias -le explicó ella, ignorante de los pensamientos del enfermo-. Conseguirá que te pongas bien.

-No necesito una maldita enfermera -¿qué iba a hacer durante todo el día? Ya se había tomado las pastillas y solo necesitaba dormir. Lo último que quería era una mujer cotilleando por su casa. Nunca permitía que las mujeres husmearan. Le gustaba su intimidad, la paz en el aislamiento.

-Tienes mucha fiebre. Hasta que disminuya y te hayan hecho efecto los antibióticos, no debes quedarte solo. Estamos hablando de veinticuatro horas, o menos, Lorenzo. Haz un esfuerzo.

Él abrió la boca, pero la volvió a cerrar. Hacía años que no recibía órdenes.

Ya había tenido suficiente. No iba a aguantarlo más y, con un gran esfuerzo, posó los pies en el suelo y se levantó.

-Lorenzo... -a Sophy se le aceleró el corazón.

Los ojos negros permanecían cerrados y el fornido cuerpo estaba recubierto de sudor. De nuevo se estremeció y ella le rodeó con un brazo. Sophy sintió cada músculo marcarse contra su cuerpo y se mordió el labio. Cuanto antes llegara esa enfermera, mejor.

-Estoy bien -rugió él furioso contra ella y contra sí mismo.

-Y yo soy la reina de la Atlántida.

-Esto es ridículo. No estoy a las puertas de la muerte, solo tengo la garganta inflamada -sin embargo, Lorenzo se volvió a acurrucar en el sofá, temblando bajo la manta, la mandíbula encajada para evitar el castañeteo de los dientes, o porque estaba furioso. Seguramente ambas cosas.

Decidida a quedarse hasta que llegara la enfermera, Sophy se sentó en una silla frente al sofá y echó furtivas ojeadas a su alrededor. El apartamento era precioso, enorme y luminoso. La cocina era muy moderna, con todos los artilugios con los que podría soñar un gourmet. Una pared estaba cubierta por una estantería repleta de libros, discos y películas. A pesar de comportarse como una cotilla, se inclinó para leer los títulos.

La enfermera debería estar a punto de llegar. Lorenzo estaba muy callado. ¿Dormido? Lentamente, ella se sentó en el sofá y se inclinó sobre él.

Los cabellos negros eran un poco demasiado largos y estaban revueltos. Eran preciosos, y pedían a gritos que alguien hundiera en ellos los dedos. De hermosas facciones, tenía unas pestañas obscenamente largas y los pómulos marcados. En el centro de la esculpida mandíbula destacaban los labios más sensuales que ella hubiera visto jamás, carnosos y ligeramente curvados. Había dejado de temblar. ¿Le habría bajado la fiebre? De nuevo le posó una mano en la frente.

La mano de Lorenzo se movió con rapidez para agarrarle la muñeca con fuerza. Los ojos negros se abrieron. Desprendían un fuego que no podía deberse únicamente a la fiebre.

-Te dije que no lo hicieras.

Agachada sobre él, incapaz de moverse, Sophy apretó la mano con más fuerza sobre la frente. Y, sin saber de dónde había surgido tanta osadía, le acarició dulcemente y hundió los dedos en la mata de pelo.

Jamás había sentido nada parecido simplemente al tocar a alguien. Una descarga eléctrica surgió de su interior, excitante y al mismo tiempo relajante. Acariciarlo parecía lo correcto, más que correcto. Una corriente sexual la invadió y Sophy quiso tocar más, bascular las caderas, ahogar el dolor que había despertado en su interior.

Los ojos de Lorenzo, cargados de algo muy profundo, ira, deseo... no abandonaron los suyos.

El timbre sonó y ella dio un brinco mientras él la agarraba con más fuerza.

-Debe de ser la enfermera -murmuró Sophy.

A pesar de la fiebre, ese hombre poseía una fuerza descomunal.

-Suéltame -le exigió ella.

Al fin liberada, el corazón de Sophy galopaba a tal velocidad que se sintió marear. Quizás él no tuviera amigdalitis sino gripe y ella acababa de contagiarse, pues se sentía arder bajo su mirada.

Camino de la puerta, vio su reflejo en el espejo. Desde luego las mejillas estaban más sonrojadas de lo normal. Y los ojos parecían fuera de sus órbitas.

La enfermera tenía al menos cincuenta años y era la viva imagen de una abuelita con gafas, rebeca y agujas de tejer asomando por el bolso. También hablaba como una abuela, cariñosa aunque firme.

Sophy disimuló una sonrisa mientras la mujer empezaba a afanarse en torno a Lorenzo.

-Llamaré más tarde -le informó a la enfermera.

-¿No vas a hablar conmigo? -un gruñido surgió del sofá.

-Estarás durmiendo -contestó Sophy con dulzura.

Un nuevo temblor le sacudió el cuerpo a Lorenzo y la enfermera se puso en marcha.

-Hay que meterse en la cama ¿no crees? Cambiaré las sábanas. No te preocupes, ya las encontraré, tú relájate.

Con medicina y algo calentito para beber, enseguida estarás bien.

Sophy contempló los movimientos de la mujer, que lo encontraba todo gracias a una especie de sexto sentido. Lorenzo la miraba con tal odio que tuvo que taparse la boca para contener una carcajada. Volviéndose hacia ella, el paciente la fulminó con la mirada.

-Sophy.

Ella se detuvo camino de la puerta.

-Ven aquí.

Aunque enfermo, la orden había sido clara, y Sophy sintió el irrefrenable impulso de obedecer. Qué patético.

-Ven aquí -insistió él con irresistible magnetismo.

Ella se acercó al sofá. Aunque era él el enfermo y ella la que debería marcharse, de algún modo el poder parecía haber cambiado de manos. En los escasos minutos que había estado sentada en el sofá, acariciándolo, algo había cambiado.

Se paró a escasos centímetros y le clavó la mirada en los ojos negros.

-Quería darte las gracias.

-No hace falta -Sophy sintió que el rubor le teñía las mejillas. Arreglar los asuntos de los demás era su especialidad. Lo que tenía enfrente en esos momentos no era nada comparado con una familia de genios incapaces de organizar la cena diaria.

Lorenzo desvió la mirada a sus labios y ella tragó nerviosa, decidida a no delatarse, por ejemplo humedeciéndose los resecos labios.

-Te estoy besando. ¿Lo notas?

Sophy parpadeó perpleja. ¿Acababa de soñar eso? ¿De verdad lo había dicho?

Lo cierto era que lo sentía, y se moría por recibir más. Tenía que ser un delirio. Sin darse cuenta se humedeció los labios, que vibraban de deseo. Necesitaban ser besados. Por él.

De repente, una sonrisa le asomó a los labios a Lorenzo, la misma sonrisa que la había desarmado el día anterior.

-Que te mejores -Sophy huyó con el sonido de la masculina risa en sus oídos.

Cada vez que recordaba la expresión en el rostro de Lorenzo, Sophy se ruborizaba. Tres días más tarde, entró nerviosa en el despacho de la segunda planta. Él estaba de regreso, se lo había dicho Kat, y la esperaba en su despacho. Quería verla de inmediato.

Tenía la sensación de que el encuentro iba a resultar interesante. A Lorenzo no le había gustado mostrarse tan vulnerable y, desde luego, no le había gustado cómo ella había manejado la situación. Si algo había aprendido de ese hombre era que le gustaba ser el jefe. Ella le había usurpado el puesto y sospechaba que se lo iba a hacer pagar. Pero ¿cómo? ¿Con autoridad? ¿Con sensualidad? No debería estar deseando lo segundo. Lorenzo Hall llevaba grabada en la frente la etiqueta de playboy alérgico al compromiso. Respiró hondo y llamó a la puerta.

-Un momento.

Sophy esperó con los nervios a flor de piel. ¿Por qué le hacía esperar? Porque lo sabía. Era muy consciente del efecto que producía en las mujeres. En ella. Lo había utilizado en el apartamento. Una mirada, unas palabras y ella prácticamente se había derretido a sus pies.

-Ya puedes pasar.

Ella abrió la puerta y se quedó paralizada, boquiabierta.

Lo vio de pie junto a la ventana, vuelto hacia ella, llevaba puestos unos vaqueros, pero sin camiseta. La luz del exterior lo envolvía en un aura dorada. Ese hombre era deslumbrantemente hermoso.

Sophy se sentía como si estuviera pegada a un cohete en pleno lanzamiento, el calor arrancándole las entrañas.

El bronceado torso no brillaba de sudor y ella deseó verlo de nuevo mojado. Deseaba deslizar los dedos por la suave piel, atormentarlo con sus caricias.

Cerró los ojos con fuerza. ¿Desde cuándo tenía fantasías con un extraño? ¿Desde cuándo sentía esa irrefrenable, incontrolable, lujuria? La culpa de todo la tenía esa hermosa piel bronceada.

-La primera vez fue un error -consiguió murmurar ella-, la segunda no pudiste evitarlo -abrió los ojos y lo miró fijamente mientras él se acercaba, invadiendo su espacio personal-. Esta vez...

-Ha sido totalmente intencionado.

Capítulo Tres

-¿Intencionado? -Sophy solo oía el golpeteo de su corazón.

Lorenzo sonrió divertido y ella se preguntó si realmente había pronunciado la palabra o si había sido más bien un gemido animal.

-Me ha parecido que te gustaba -insistió él con un brillo burlón en la mirada.

¿Gustarle? Ni siquiera se acercaba a lo que había sentido.

-Desde luego estás mucho mejor ¿verdad? -Sophy lo miró, perpleja ante la calma de ese hombre. Estaba muy seguro del efecto que le producía.

-Al cien por cien.

-Estupendo -ella dio un paso atrás-. Entonces, quizás te gustará echarle un vistazo a mi trabajo.

-Ya lo he visto. Tiene buen aspecto. Tu sistema de organización resulta muy comprensible.

-¡Oh! -Sophy se quedó sin palabras ante los halagos.

-Pero necesitamos hablar de la próxima función -él la acompañó fuera del despacho-. Y quiero mostrarte algunas cosas para actualizar la página web. Creo que Kat te ha estado echando una mano.

-Sí, es estupenda -ella intentaba concentrarse en la conversación, pero su cerebro no paraba de deslizarse hasta los marcados abdominales. Increíble, tanto ese cuerpo como su reacción ante él.

-El resto del equipo regresará hoy. Han estado trabajando en otro proyecto.